

ANA F. MALORY



Lady Woodward
se enamora por fin



La honorable señorita Alison Chambers, hija menor del barón y la baronesa Pemberton, siempre ha sido una joven alegre, extrovertida y de firmes convicciones que, por encima de todo, valora su libertad y tiene el solemne propósito de conservarla; no necesita un esposo para ser feliz. Su madre comienza a perder la esperanza de que acceda a casarse por voluntad propia y ya se la imagina convertida en una solterona que pasará el tiempo en el establo, rodeada de caballos.

Brecc Hardwick, vecino y amigo inseparable de los hermanos Chambers, ha pasado de compartir juegos y travesuras con ellos a enamorarse de Alison. La conoce bien y sabe que debe tener paciencia y esperar el momento oportuno para hablarle de sus sentimientos y pedirle matrimonio, de lo contrario correría la misma suerte que el resto: sería rechazado. Por tanto, pretende conquistarla poco a poco, sin precipitar las cosas ni presionarla.

La aparición del carismático y bohemio conde de Woodward truncará los planes de Brecc que, impotente, verá como la mujer de la que lleva años enamorado, acepta casarse con un hombre que, por edad, bien podría ser su padre.

Índice de contenido

Cubierta

Lady Woodward se enamora por fin

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Capítulo 1

Glaston, Reino Unido, 1823

La honorable señorita Alison Chambers, hija menor del barón Pemberton, siempre había tenido las ideas muy claras. Vivir en el campo, tener como compañeros de juego a su hermano Patrick y a su vecino Brecc, a los que secundaba en todas sus correrías y travesuras, la había ayudado a forjar su carácter –en exceso testarudo, a decir de su madre– y a valorar, por encima de todo, su libertad. A sus diecinueve años, se mantenía firme en su propósito de conservarla. Por ello, hacía tiempo que tomara la decisión de permanecer soltera. Decisión que traía de cabeza a su progenitora.

–Cuando te des cuenta del error que estás cometiendo, será demasiado tarde, te habrás convertido en una solterona a la que ningún hombre deseará tomar por esposa –le repetía la baronesa casi a diario.

–Confío en que esté en lo cierto, de esa manera me evitarán la tarea de tener que rechazarlos –le respondía Alison tenaz.

–¿Y qué será de ti cuando tu padre y yo no estemos? –insistía la pobre mujer, intentando hacerla entrar en razón.

–Soy capaz de cuidarme sola, madre –porfiaba convencida.

Llegado ese punto, y sabiendo que nada iba a lograr, al menos no en ese instante, *lady* Pemberton se rendía disgustada.

–No te acongojes, querida –le aconsejaba su esposo con una tranquilidad que hubiera querido para ella–. Ya cambiará de parecer, todavía es una niña.

–No lo es. A su edad otras ya están casadas, incluso a punto de tener su primer hijo. Yo misma, sin ir más lejos.

–Concédele tiempo y verás cómo termina por dejar de lado los caballos y esa absurda idea suya de negarse a contraer matrimonio –sentenciaba lord Pemberton conciliador.

Tanto él como su esposa se sabían los únicos responsables del independiente carácter de Alison; siempre le habían permitido hacer su voluntad, hasta el punto de que, en ocasiones, la muchacha pasaba más tiempo en los establos, atendiendo a los caballos, que en casa con su familia.

–Ruego al Señor para que estés en lo cierto –concluía la baronesa esperanzada.

Entre tanto, la joven dama continuaba con su rutina diaria, ajena a los rezos de sus progenitores y convencida de poder salirse con la suya. Tenía la certeza de que sus padres no la obligarían a casarse, al menos no con alguien que no fuera de su agrado. Como su intención no era fijarse en ningún hombre, podía quedarse tranquila y olvidarse del tema. Lo único que esos días enturbiaba su despreocupación era tener que asistir a la fiesta que su madre estaba organizando para celebrar el cumpleaños de su esposo. Pero, por más que le pesara, no podía negarse a participar del evento, a fin de cuentas se trataba de un día especial para su padre y deseaba estar a su lado, festejándolo. Solo esperaba que la lista de invitados no estuviera repleta de caballeros en busca de esposa, para no pasarse la velada ocultándose por los rincones.



–No se cansan nunca de perseguirme –farfulló malhumorada, intentando parapetarse tras el grupo de mujeres que, animadas, conversaban sobre las últimas tendencias de moda.

Como había sospechado, su madre había invitado a cuantos nobles conocía, a los hijos de estos e, incluso, a los de varios terratenientes del condado. En su empeño por encontrarle esposo, ya no hacía distinciones. Parecía importarle poco que el elegido resultara ser el heredero de un marqués, el vástago de algún vecino acaudalado o el hijo menor de un vizconde. «El abanico de opciones es amplio», pensó mordaz, mientras espiaba con disimulo los movimientos del joven que, desde hacía un buen rato, la buscaba. Talmente parecía que no hubiera más mujeres en la fiesta a las que aburrir con sus atenciones.

–¿De quién te escondes en esta ocasión?

La pregunta, formulada con sorna y en voz baja cerca de su oído, la hizo girarse sobresaltada.

–¡Brecc! –exclamó aliviada al averiguar de quién se trataba–. Me has dado un buen susto –le recriminó de buen humor; su vecino había estado fuera varias semanas y se alegraba de verlo después de tanto tiempo–. ¿Cuándo has regresado? –quiso saber, asiéndose de su brazo para alejarse del corro de matronas.

–Esta misma tarde –respondió mirándola de arriba abajo con disimulo.

Era una muchacha preciosa, pero aquella noche, con aquel vestido que realzaba sus femeninas curvas, estaba deslumbrante.

–¿Has tenido oportunidad de ver la nueva yegua que Patrick ha comprado? –le preguntó entusiasmada, ajena al deseo que de repente centelleaba en las pupilas de su amigo. Porque, para ella, Brecc era solo eso: un amigo. Un hermano.

–Sí, es un buen ejemplar –contestó con la voz más grave de lo habitual. Aunque Alison no concedió importancia al detalle, achacándolo a lo cargado que estaba el ambiente en el atestado salón–. Esta noche estás... –dudó, porque la conocía demasiado bien– diferente –dijo al fin, sin atreverse a alabar su aspecto por temor a incomodarla.

Alison no era consciente de su belleza y poca o ninguna importancia otorgaba a su apariencia.

–Me siento como un objeto empaquetado para regalo –resopló exasperada.

–Deduzco que la elección de vestido corrió a cargo de tu madre. –No tenía la menor duda de ello. *Lady Pember-ton* se había asegurado de que Alison luciera espléndida, envuelta en tafetán, con un solo propósito: encontrarle esposo–. De todas formas, y aunque la indumentaria no sea de tu agrado, hay que reconocerle el gusto, porque se te ve... estupenda –dijo comedido, aguardando su reacción.

El comentario no pareció molestarle, porque una sonrisa apareció al instante en los carnosos labios de la joven. Un nuevo ramalazo de deseo lo sacudió por dentro. Había perdido la cuenta de las veces que fantaseara con probar su boca.

–Tú también tienes buen aspecto esta noche –manifestó, repasándolo de arriba abajo con la mirada–. Es más, creo que estás muy guapo.

–¡Vaya, gracias! Viniendo de ti, es para sentirse halagado de veras –respondió al cumplido con sorna, consciente de que las palabras de Alison no encerraban más sentimiento que el cariño fraternal que siempre le había profesado.

–¡Qué tonto eres! –Río divertida al tiempo que le apretaba el brazo con afecto.

Una muestra más de la confianza que se tenían y que en ese instante, a Brecc, que se moría por acariciar la sedosa piel que el escote dejaba al descubierto, le resultaba tan pesada y asfixiante como una losa atada al cuello.

–¿Te apetece un ponche? –Necesitaba alejarse un momento de ella para recuperar el control de su cuerpo y sus pensamientos.

–Me encantaría, gracias.

–Buenas noches, señorita Chambers.

Ambos se giraron al tiempo hacia el elegante caballero que se aproximaba a ellos con calma y al que Brecc no conocía.

–Buenas noches, milord –le correspondió ella alegre.

–Permítame decirle que esta noche está usted arrebatadora, querida –manifestó el recién llegado, tomando la mano enguantada de la joven con suma delicadeza para inclinarse sobre ella y rozarla apenas con los labios.

–Es usted muy amable, lord Woodward –le agradeció con evidente júbilo–, aunque creo que exagera.

Brecc, molesto por la reacción de Alison, no pudo evitar poner los ojos en blanco. No solo aceptaba el cumplido del viejo, sino que, además, parecía encantada con las atenciones de este. Si se le hubiera ocurrido actuar de aquella manera, se habría burlado de él, estaba seguro de ello.

–Permítame, milord, que le presente a mi buen amigo el señor Hardwick. –Se giró hacia él al tiempo que hablaba–. El conde de Woodward ha adquirido recientemente una propiedad en Glaston, y se ha instalado en ella después de haber viajado durante años por todo el mundo –le explicó Alison con la admiración vibrando en su voz.

–Señor Hardwick –lo saludó el otro con un leve cabeceo y un amago de sonrisa en sus finos labios, producto, sin duda, del entusiasmo de la muchacha.

–Milord –respondió Brecc, imitando el gesto del otro, pero en absoluto contento con la complicidad que parecía existir entre aquel hombre y su amiga–. Si me disculpa, me disponía a ir en busca de unas tazas de ponche. –En ese momento sí necesitaba alejarse o terminaría por ponerse en evidencia–. ¿Le apetece una?

–No, aunque se lo agradezco de todas formas.

Brecc se limitó a asentir antes de dirigirse a la sala contigua, en la que se habían dispuesto los refrigerios. Cuando regresó unos minutos después, la peculiar pareja conversaba muy animada. Se preguntó sobre qué podrían estar hablando cuando, por la diferencia de edad, era evidente que nada podían tener en común. Si alguien le hubiera dicho que se trataba del abuelo de la muchacha se lo habría creído.

–Bueno, querida –dijo el conde al verlo aparecer–, será mejor que busque compañía más acorde a mi edad y les deje a ustedes, los jóvenes, continuar disfrutando de la velada.

–¿Cómo puede decir algo así? De sobra sabe lo mucho que me agrada su compañía –manifestó Alison, aceptando la delicada tacita de cristal que Brecc le tendía.

–Soy consciente de ello, querida, y créame si le digo que también me complace la suya. Pero ahora, mejor me retiro.

–Como guste, pero recuerde que mañana le esperamos para tomar el té.

–Descuide, no lo he olvidado. Señor Hardwick –se volvió hacia Brecc–, ha sido un placer conocerlo.

–Lo mismo digo, lord Woodward –respondió formal, pero deseando que el viejo desapareciera de una buena vez.

–Es un hombre fascinante –comentó Alison con los ojos brillantes de admiración en cuanto se quedaron solos –. Tendrías que escuchar las divertidas y emocionantes historias que ha vivido.

–Sí, seguro que tiene muchas para contar. –Alison le dedicó una mirada interrogante al no entender su comentario–. Con la edad que tiene, le ha dado tiempo a vivir aventuras suficientes como para escribir varios libros –aclaró con tono burlón.

–Lo que acabas de decir no tiene gracia –le recriminó, poniéndose seria de repente–. El conde es un hombre encantador, amable, divertido y no es tan mayor como insinúas –lo defendió vehemente la joven.

–Si tú lo dices... –cedió por no discutir y echarle a perder la fiesta, pero sintiendo la punzada de envidia que le atravesaba el pecho y un rechazo visceral e inmediato por el dichoso conde.

–Por fin la encuentro, señorita Chambers. –Alison se tensó nada más escuchar la aflautada voz que sonó a su espalda–. ¿Me concede el honor del próximo baile?

–Adelante –la animó Brecc dedicándole una sonrisa la-deada que Alison hubiera querido borrar de su rostro a base de patadas en la espinilla–, entre tanto, yo te sostendré el ponche, *querida* –añadió con retintín, al tiempo que le quitaba el refresco de las manos.

–Es usted muy amable, caballero –manifestó encantado el otro joven, al tiempo que ofrecía su brazo a la dama, para guiarla hasta el centro del salón.

–Esta me la pagas –masculló Alison entre dientes al pasar junto a su vecino.

A Brecc, verla entre los brazos de aquel petimetre, no le hacía ninguna gracia, pero sabía que, a diferencia del conde, este no suponía ninguna amenaza.

* * *

Al día siguiente, como había prometido, lord Woodward se presentó puntual en el hogar de los Chambers.

Lady Pemberton no podía sentirse más contenta por la amistad surgida entre el noble y su hija. Tal vez, con un poco de suerte, el lord podría sentirse interesado por esta. A fin de cuentas, el hombre continuaba soltero y, si había regresado a Inglaterra después de tantos años en el extranjero, sería pensando en sentar la cabeza y engendrar un heredero para el título. Y lo más importante: Alison se sen-

tía cómoda en su compañía. ¿Sería posible que su sueño de verla casada se hiciera realidad? Ciertamente que él era algo mayor que la muchacha, pero no sería la primera, ni la última tampoco, en contraer matrimonio con un varón que la aventajara en años.

Con una sonrisa de satisfacción en los labios y la cabeza llena de elucubraciones, la baronesa fingía escuchar la historia que el conde estaba contando y que tenía fascinada a su hija. Cuando al fin terminó con el relato, y antes de que Alison pudiera asediarlo con sus preguntas, *lady Pemberton* decidió intervenir.

—¡Qué vida tan interesante la suya, milord! —Le sonrió—. Quizá podría contarnos más sobre sus andanzas mientras paseamos por el jardín. Hace una tarde estupenda y sería una pena desperdiciarla quedándonos dentro de la casa.

—Me parece una idea excelente, sin embargo, por hoy, ya he hablado demasiado, no quiero aburrirlas con mis historias.

—Se me ocurre que podríamos caminar hasta las cabañerizas para ver a la nueva yegua —propuso Alison esperanzada; pasear entre setos y macizos de flores, además de tedioso, le parecía una pérdida de tiempo.

—Querida, no creo que a lord Woodward le apetezca visitar el establo.

—Al contrario, *milady*, iré encantado. Me estoy planteando el adquirir algunos ejemplares, y siento verdadera curiosidad por esa potranca.

—¿En serio?! —exclamó la joven, emocionada con la noticia. El conde se lo confirmó con un sutil cabeceo y una sonrisa en los labios—. Entonces, debería hablar con Brecc. De los tres —se incluyó—, es el que más sabe sobre caballos.

—Le haré caso y le pediré consejo —sentenció, al dejar el asiento—. Cuando gusten.

—Tendrá que disculparme, milord, pero no les acompañaré. No soporto el olor que desprenden esos animales —

aclaró la baronesa, arrugando la nariz para dar mayor énfasis a sus palabras. Aunque, en el fondo, se sentía más que satisfecha con la situación. Sin pretenderlo, había logrado que la pareja dispusiera de unos instantes a solas. Solo esperaba que el conde supiera aprovechar el momento.

–No tiene que excusarse por ello, *lady Pemberton*, es comprensible. Ahora, si nos lo permite, hay una yegua a la que estoy deseando conocer –añadió, con un guiño dedicado a Alison, que aguardaba a su lado, impaciente por marcharse.

–Vayan, vayan, y diviértanse. Y recuerde, lord Woodward, que esta es su casa y puede visitarnos cuando lo desee.

–Gracias, lo tendré en cuenta.

–¿De verdad está pensando en ampliar su cuadra? –lo interrogó la joven en cuanto abandonaron la casa.

–En efecto. –Sonrió divertido por la entusiasta reacción de la muchacha–. Aunque hay otro... asunto que me gustaría solucionar antes de embarcarme en esta nueva aventura. Pero no descarto la posibilidad de hacerme ya con algún potro.

Mientras caminaban hacia la caballeriza, Alison le hablaba de las que, a su entender, eran las mejores razas dependiendo de la finalidad del equino.

–Me atrevería a decir que, teniéndola a usted cerca, no necesitaré el asesoramiento del señor Hardwick, pues sus consejos me parecen de lo más acertados –comentó risueño y muy satisfecho por cómo se estaban desarrollando los acontecimientos aquella tarde.

–Mis conocimientos son demasiado básicos, lo comprobará cuando hable con Brecc.

–Le haré caso pues, y lo consultaré con su amigo. –La miró de soslayo antes de continuar–. Porque, usted y el señor Hardwick son solo amigos, ¿verdad?

Alison rio con ganas al escucharlo.

—Por supuesto, Brecc es como un segundo hermano para mí —aclaró sonriendo aún—, otra posibilidad sería impensable.

—¿El qué sería impensable? —quiso saber Patrick, que en ese instante salía del establo y había escuchado la afirmación de su hermana.

—Lord Woodward ha preguntado si entre Brecc y yo... bueno, que si nosotros...

—Menudo disparate —la interrumpió su hermano, confirmando así que entre Alison y el señor Hardwick no existía más vínculo afectivo que el de una buena amistad—. ¿Vienes a mostrarle la yegua a lord Woodward? —preguntó, cambiando de tema.

—Así es. Milord está pensando comprar varios caballos y le agradecería verla —le explicó Alison.

—Es una yegua inglesa preciosa —sonrió con evidente orgullo el mayor de los Chambers.

—Brecc le ha sugerido cruzarla con un semental árabe —intervino Alison, tan habituada a escuchar y utilizar aquellos términos, que no se paró a pensar en lo inadecuado que resultaba que una dama los empleara.

—Estamos seguros de que el resultado serían unos magníficos purasangre —añadió su hermano con naturalidad.

Al parecer, solo el conde se daba cuenta de lo impropio de mantener aquella conversación delante de una mujer y que, por ende, esta participara de ella. Pero no sería él quien se lo fuera a decir. La espontaneidad y la audacia de la señorita Chambers eran, precisamente, dos rasgos de su carácter que le resultaban sumamente atractivos.

—Vayamos a verla; se está ejercitando en el cercado de la parte de atrás.

—Hemos llegado en el momento más oportuno —festejó Alison con el entusiasmo que la caracterizaba.

Brecc se acercó al portón de entrada y, con el ceño fruncido, observó al trío que, en ese instante, se disponía a doblar la esquina del edificio. Cada vez le molestaba más la idea de ser solo como un hermano para Alison. ¿Por qué les parecía tan absurda la posibilidad de que entre ellos pudiera surgir...? Sacudió la cabeza para interrumpir el pensamiento. Él mejor que nadie conocía a Alison y su férrea determinación de continuar soltera. Y a nadie le pesaba más que a él aquella decisión, suspiró resignado.

* * *

—¡Alison! Te he dicho infinidad de veces que no bajas las escaleras de ese modo —la reprendió su madre al verla descender a toda prisa—. Por cierto, ¿a dónde vas tan apurada? ¿No será de nuevo a las caballerizas?

—A tomar el té con lord Woodward —respondió sin más.

—¿Y piensas presentarte con ese vestido? —exclamó horrorizada la baronesa, olvidándose por completo del alocado comportamiento de la joven. También pasó por alto el hecho de que no le hubiera mencionado su intención de visitar de nuevo al conde—. Sube a cambiarte ahora mismo —le ordenó tajante. Para que el lord se fijara en ella, debía estar presentable en todo momento.

—Si hiciera eso llegaría tarde, y no querrá que lo haga esperar, ¿verdad? —dijo, consciente de que su argumento sería más que suficiente para conseguir que su madre cambiara de parecer. El suspiro de resignación de esta le confirmó que la treta había dado resultado.

—Al menos, compórtate como una dama y deja de co-retear como un muchachote, y no olvides...

—Descuide, me comportaré con propiedad en todo momento —le aseguró al tiempo que se dirigía hacia la puerta con pasos apresurados.

«Es incorregible», pensó consternada *lady* Pemberton. Lo único que la consolaba era pensar que sus ruegos al Altísimo podrían haber sido escuchados, pues el conde de Woodward parecía realmente interesado en la muchacha. Aquella era la tercera visita que Alison le hacía en la última semana, y siempre por petición del lord. Solo esperaba no estar equivocada.